

Un breve encuentro con Uruguay

Era hora de despedirnos de Buenos Aires, no porque no quedara nada por explorar ni porque estuviéramos listos para irnos, sino porque nuestro viaje tenía que continuar. Tras dos semanas en la capital argentina, sentimos que habíamos adquirido una apreciación genuina por lo que esta ciudad monumental tiene para ofrecer. Nuestra visita nunca fue apresurada: sí, visitamos muchos de los lugares emblemáticos, pero también tuvimos tiempo para pasear por sus barrios, disfrutar de comidas increíbles.

Aun así, no podíamos evitar preguntarnos de qué nos habíamos perdido. Fuimos a un espectáculo de tango, paseamos por plazas y mercados, exploramos museos y admiramos la grandiosa arquitectura de la ciudad. Sin embargo, las conexiones íntimas que habíamos tenido en otras partes de Argentina, compartiendo vino en una pequeña bodega familiar en Mendoza o recibiendo una inolvidable lección de historia sobre las Malvinas en Treful, eran más difíciles de encontrar en una ciudad de más de quince millones de habitantes. Quizá esa sea simplemente la realidad de una gran capital cosmopolita. Aun así, salimos de Buenos Aires con una comprensión más profunda de Argentina, su historia y su gente.



Nuestro siguiente destino era justo al otro lado del Río de la Plata. Abordamos el ferry en Puerto Madero y cruzamos hasta Colonia del Sacramento, Uruguay. A diferencia de los pintorescos cruces en ferry por la Patagonia, donde el viaje en sí mismo formaba parte de la aventura, este cruce era simplemente un transporte del punto A al punto B. Sin embargo, el contraste entre ambos puntos no pudo haber sido mayor. Dejamos atrás una de las capitales coloniales más grandes de Sudamérica y llegamos a uno de sus pueblos coloniales más pequeños. El apodo de Colonia del Sacramento, "Colonia", parece totalmente apropiado.

Colonia se convirtió en uno de los asentamientos más disputados de Sudamérica. Situada en la orilla norte del Río de la Plata, ocupaba una ubicación estratégica que tanto Portugal como España querían controlar. Durante un periodo de unos 100 años, la ciudad cambió de manos en numerosas ocasiones, dejando tras de sí una fascinante mezcla de estilos arquitectónicos que hoy define el distrito histórico.

Caminando por sus calles empedradas, casi se puede distinguir qué imperio dejó su huella. Los portugueses preferían calles irregulares y sinuosas que seguían los contornos naturales del terreno, como en la Calle de los Suspiros. Pero cuando los españoles tomaron el control, introdujeron su característica de planificación urbana, con calles más rectas, manzanas ordenadas y plazas abiertas diseñadas alrededor de una plaza central, como la Plaza Mayor. El resultado es un pueblo donde dos mundos coloniales coexisten en tan solo unas pocas manzanas.



A lo largo del río se alza la muralla fortificada, la cual es un recordatorio de la lucha por el control de este estratégico puerto. Otro detalle encantador en toda Colonia fue la colección de carros antiguos. Muchos no andaban para nada, sino que servían como decoración fuera de cafeterías, restaurantes y tiendas, lo que añadía encanto al pueblo.

Colonia no es un lugar de monumentos grandiosos ni de edificios imponentes. Su atractivo reside en sus calles empedradas, edificios coloridos, casas coloniales, plazas, cafeterías y restaurantes acogedores que te animan a disminuir la velocidad, detenerte y simplemente disfrutar del momento.

Mientras paseábamos por el pueblo hacia el atardecer, se escuchaba el sonido de unos tambores en casi todas las calles. Al principio, asumimos que Uruguay debía haber ganado un partido del Mundial y que la ciudad había estallado en celebración. Curiosos, seguimos el ritmo de los tambores hasta que encontramos a un grupo de percusionistas y bailarines en la calle principal. Preguntamos si era una fiesta nacional o una celebración del fútbol y un local simplemente sonrió y dijo: "este es el tango de Uruguay."



Lo que estábamos presenciando era el Candombe, una de las tradiciones culturales más preciadas de Uruguay. Nacido en las comunidades afro-uruguayas de Montevideo durante la época colonial, el Candombe tiene sus raíces en africanos esclavizados que preservaron elementos de su herencia a través del ritmo y la danza. El latido del Candombe proviene de tres tambores diferentes, mientras los bailarines se mueven por las calles y el barrio se reúne alrededor de los músicos. Más que nada, el Candombe es una expresión viva de identidad y comunidad.

La procesión de Candombe que presenciamos comenzó con una bandera roja y blanca. Curiosos, preguntamos qué representaba, ya que esos no eran ni los colores de Uruguay ni de Colonia. Aprendimos que cada grupo de Candombe tiene sus propios colores y su propia identidad. Aunque cada grupo tiene su propio estilo y personalidad, todos siguen una tradición similar: la procesión comienza con la bandera del grupo, seguida por los bailarines, luego algunas personas con bastones, seguidos por más bailarines y, finalmente, los músicos cuyos tambores proporcionan el inconfundible ritmo del desfile.

Fue la bienvenida perfecta a un nuevo país en nuestra aventura de viaje por tierra. Al cuestionar los colores rojo y blanco de la bandera de Candombe, nos dimos cuenta de que la bandera uruguaya se parecía mucho a la de Argentina. Ambas tienen rayas alternas azul claro y blanco, y ambas con el mismo sol. El sol, conocido como "El Sol de Mayo", conmemora la Revolución de Mayo de 1810, el movimiento que marcó el inicio de la lucha por la independencia en esta región de Sudamérica. El rostro del sol representa a Inti, el dios sol inca, mientras que sus rayos alternos, rectos y ondulados, simbolizan tanto la luz como el calor.



Tras recorrer las calles coloniales de Colonia y descubrir el "tango de Uruguay", llegó el momento de continuar hacia Montevideo, la capital del país.

El trayecto de Colonia a Montevideo fue inesperadamente rico en cuanto a paisajes. Palmeras bordeaban largos tramos de la carretera antes de dar paso a amplios pastales que se extendían hasta el horizonte. Por el camino pasamos por grandes "estancias" o ranchos, muchos con casas lujosas, terrenos bien cuidados y extensos campos que sugerían una ganadería y agricultura prósperas. Pintaba el retrato de un paisaje tranquilo donde la agricultura desempeña un papel importante. ¡Quizá sea cierto que hay más vacas que personas en Uruguay!



Sin embargo, al acercarnos a Montevideo, el paisaje empezó a cambiar. Las afueras revelaban barrios marcados por la pobreza, edificios envejecidos y muros cubiertos de grafiti. Era un contraste interesante con el paisaje tranquilo y frondoso que acabábamos de atravesar.

Esa sensación de contraste continuó dentro de la propia ciudad. Partes del centro se sentían desgastadas por el tiempo, donde edificios históricos se alzaban junto a manzanas desatendidas y el grafiti era imposible de ignorar. Sin embargo, entre estos monumentos históricos se encuentra el icónico Palacio Salvo, el equivalente arquitectónico de Montevideo al Palacio Barolo de Buenos Aires. Ambos edificios fueron diseñados por el mismo arquitecto italiano, convirtiéndolos en hermanos arquitectónicos al otro lado del Río de la Plata. A solo un corto trayecto en carro había barrios que parecían pertenecer a otra ciudad completamente distinta. Edificios modernos de apartamentos dominaban el Río de la Plata, calles impecables, bien mantenidas y restaurantes, boutiques y cafeterías de alta gama reflejaban un nivel de prosperidad que contrastaba fuertemente con lo que habíamos visto minutos antes.



Montevideo es una ciudad de contrastes, donde los signos de dificultades económicas y prosperidad conviven lado a lado, cada uno revelando un lado diferente de Uruguay.

Mientras estábamos en Montevideo, nos topamos con el Mercado del Puerto, uno de los lugares más populares de la ciudad. Nos recordó al Mercado San Telmo de Buenos Aires, con una variedad de

restaurantes, tiendas de artesanía y puestos de souvenirs, pero a una escala mucho más pequeña y relajada. No había multitudes ni largas colas.



Naturalmente, no podíamos irnos sin probar un clásico asado uruguayo con molleja, un delicatessen hecho con la glándula timo de un ternero. Habíamos probado la molleja en Buenos Aires, pero era la molleja de corazón, que, como nos explicaron, es una glándula situada cerca del corazón. Cuando se asa al fuego de leña, el exterior de la molleja se vuelve crujiente mientras que el interior permanece suave y mantecoso, casi graso. Puede que no suene apetitoso para todos, pero para quienes estén dispuestos a aventurarse más allá de los cortes de carne conocidos, es una parte deliciosa de la experiencia tradicional de parrilla tanto en Argentina como en Uruguay.

Desafortunadamente, nuestro tiempo en Uruguay fue más corto de lo que habíamos planeado inicialmente. No fue porque no hubiéramos tenido curiosidad sobre el país. Todo lo contrario – nos hubiera encantado dedicarle más tiempo para descubrir el campo, la costa y los pequeños pueblos del país, pero el factor decisivo fue mucho más práctico: los precios de la gasolina. A casi nueve dólares el galón en Uruguay, continuar nuestro viaje por carretera simplemente no era posible.

Así que, tras una breve, pero memorable visita a un país que nos recibió con encanto colonial, tambores y comida sabrosa, cruzamos de nuevo a Argentina, ansiosos de ver a unos nuevos amigos que habíamos conocido en el Valle de Uco.

30 de junio de 2026

